



La calle de Atocha en el siglo XVI.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (4).

## EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

(Conclusión.)

El trozo principal de la *calle de Atocha*, comprendido entre *Santa Cruz* y *Anton Martín*, fué desde los principios uno de los más importantes de la nueva villa, encerrando además de su notable caserío varios edificios religiosos y civiles muy señalados de los siglos XVI y XVII.—Entre los primeros descuella el suntuoso convento é iglesia que fué de los PP. *Trinitarios calzados*, cuya traza dió de su propia mano el rey D. Felipe II, señalando él mismo el sitio que ocupa, y que con sus accesorios comprende nada menos que 108,646 pies: su construcción, que principió hacia los años de 1547, corrió á cargo del arquitecto Gaspar de Ordoñez.—De la iglesia, que era muy espaciosa y decorada, no puede juzgarse ya, por las notables alteraciones y cortes que se la ha dado en estos últimos años, y conforme á los nuevos destinos que recibió este edificio después de la esclaustración en 1836. Convertida primero en teatro y salones de cátedras de la sociedad llamada del *Instituto Español*, luego para las exposiciones de pinturas y para el Conservatorio de Artes, hoy está ocupada en gran parte por este, y otra parte sirve de ingreso al claustro y escalera principal.—Estos permanecen todavía en su estado primitivo, y por su buena forma y gusto recuerdan, especialmente la escalera, al monasterio del Escorial. El espacioso convento, que ya en tiempo de la dominación francesa y algunos años después sirvió de Biblioteca Real, fué destinado primeramente á reunir en él la gran colección de cuadros recogidos de las iglesias y conventos de la provincia y otros, bajo el título de *Museo Nacional*, y hoy, sin suprimirse aquel, le ocupan simultáneamente, y por cierto con estraña amalgama, las oficinas del *Ministerio de Fomento*, habiéndose hecho necesarias para ello costosas obras de reparación y distribución, así en su interior como también en la fachada del edificio, que por efecto de ellas ofrece hoy un carácter bastante anómalo entre su antiguo y nuevo destino. También se le suprimió la verja que cerraba la espaciosa lonja delantera, quedando empero en posesión de sus muros el comercio de librería, que desde tiempo inmemorial la ocupaba, así como las inolvidables *gradas de San Felipe*.—Sería largo enumerar los varones distinguidos en virtud y en ciencia que albergó desde su fundación esta religiosa casa, sobresaliendo entre los primeros el Beato *Simón de Rojas*, cuyo cuerpo se veneraba en ella y hoy se halla en la iglesia parroquial de Santa

Cruz; y entre los segundos el célebre predicador y literato del siglo pasado *Fray Hortensio Filio Palasino*. De ella salieron también en el mes de mayo de 1880 los padres redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, que rescataron al inmortal Cervantes, cautivo en Argel, cuya partida de rescate se conservaba en su archivo.

El otro notabilísimo edificio religioso de este trozo de calle, es la iglesia y convento de *Santa Tomás*, que fué de religiosos dominicos, establecido en aquel sitio á instancia de fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, por los años de 1583, originando esta casa en privado y desmembrándola entonces de la de Atocha. La iglesia antigua pereció en un incendio en 1632, y en 1686 se concluyó la nueva, aunque la capilla mayor y media naranja eran posteriores, obra del célebre y estra vagante D. José Churriguera y sus hijos D. Gerónimo y D. Nicolás, quienes la ejecutaron con tan escaso acierto, que á poco de haber sido terminada la cúpula en 1726, se desplomó con estrépito, cabalmente en un día en que con motivo del jubileo del año santo estaba llena la iglesia de gente, por lo que quedaron sepultadas en sus ruinas más de ochenta personas. A pesar de estos contratiempos, que fueron remedidos con nuevas reparaciones, y á pesar del mal gusto de dichos arquitectos, que quedó consignado en los adornos interiores, y singularmente en la portada de este templo, por su espaciosa y grandeza es de los más suntuosos de Madrid, y muy notable también por las solemnes funciones religiosas que en él se celebran, entre las cuales ocupa el primer lugar la magnífica de la octava de Pascua de Resurrección, en que despliega un aparato incomparable la congregación de la *Guarda y oración del Santísimo Sacramento*.—El convento es también muy espacioso, y en él tenían establecidos los frailes dominicos las cátedras públicas de filosofía y teología escolástica y moral, que permanecieron abiertas hasta la estinción de los regulares. De esta famosa casa de PP. Predicadores solía salir en los pasados siglos la ostentosa comitiva de los *autos de fé*, con los pendones y cruces del *Santo Oficio*. De ella sala todavía todos los Viernes Santos la solemne procesion del *Santo Entierro*; y por una anomalía bien estraña, en aquellos mismos religiosos claustros resonaron en este siglo por los años 22 y 23 los furibundos ecos de la célebre sociedad demagógica titulada la *Lanaburiana*; también fueron tenidos con la sangre inocente de sus inofensivos moradores en la trágica asonada de 17 de Julio de 1854; y convertido después dicho convento en cuartel de la Milicia Nacional, sirvió también de prisión en octubre de 1841 al desventurado general D. Diego de Leon, conde de Belasquán, y otros compañeros de infortunio, que salieron de él para perecer en el pelibato. Hoy este convento está ocupado por el Tribunal Supremo de la Guerra, después de haberlo sido por el Ministerio del mismo ramo, que luego pasó al palacio de Buena-Vista.

El monasterio de religiosas agustinas de la *Magdalena*, fundado por el mismo tiempo, estaba en el mismo trozo de calle de Atocha, número 4 DE SETIEMBRE DE 1855.

(4) Véanse los números anteriores.

mero 50 nuevo y sitio que hoy ocupan las casas nuevas del señor Gerónimo; era poco notable bajo el aspecto artístico, y fué demolido hácia 1836.—Por último, al extremo de este trazo de calle, á la salida de la plazuela de *Antón Martín* con vuelta á la de *Utrera*, fundó también Felipe IV en 1581 el colegio real de *Nuestra Señora de Loreto*, para niñas pobres, cuya iglesia no se concluyó hasta 1654, venerándose en su altar mayor la imagen de Nuestra Señora de Loreto, traída de Roma por un religioso en 1387. Felipe IV convirtió este colegio en casa de educación de señoritas huérfanas.

Entre los edificios civiles merece la preferencia el conocido con el nombre de la *Cárcel de Corte*, y que mas propiamente puede llamarse palacio de la *Audiencia territorial*, y anteriormente de la *Sala de alcaldes de casa y corte*, pues la cárcelera, que al principio estuvo sin duda en él para los nobles y sujetos distinguidos, se relegó después para toda clase de presos al edificio antiguo que daba á la calle de la Concepción Gerónima, y que sirvió antes de oratorio y casa de padres del Salvador; á pesar de ello quedó en la portada del de la Audiencia la inscripción que dice: *Reinando la magestad de Felipe IV, año de 1654, con acuerdo del Consejo se fabricó esta cárcel de corte para comodidad y seguridad de los presos*.—Este edificio es uno de los pocos buenos de aquella época que quedan en Madrid. La fachada principal, colocada entre ambos patios, es elegante y aun magnífica, y estos ofrecerían también una bella perspectiva, á no haber sido cerradas con tabiques y vidrieras los arcos que los rodean, para colocar los juzgados y escribanías. La fachada que da á la plazuela de Provincia es severa y majestuosa, y es lástima que no se reconiga el chapitel de una de las torres laterales que se quemó en el siglo pasado.—Delante de este palacio, y vidriera de la calle de Atocha, está la fuente llamada también de *Provincia*, acaso la única que queda ya de construcción del siglo XVII, con alusión á la real, y á la de la plazuela de la Villa, decía *Tirio de Molina* en un romance al río Manzanares:

«Fuejtes teneis que imitar  
que han ganado con sus cuerpos  
como damas cortesanas  
sitios en Madrid soberbios;  
Adornadas de oro y perlas  
visitan plazas y templos,  
y ya son dos escribanas,  
que aquí hasta el agua anda en pieles.  
No sé yo por qué se entonan,  
que no ha mucho que se vieron  
por las calles de Madrid  
á la vergüenza en jumentos.»

El carácter particular de dicha calle es generalmente moderno y destinado á habitación de la clase media y acomodada, que ya en el siglo anterior empezó á abrirse camino y á figurar dignamente al lado de la nobleza de origen; y aunque muchas de dichas casas por su ostentancia y grandeza no temerian la comparación con los antiguos casarones apellidados *palacios* de la aristocracia, y aun las aventajan notablemente en comodidad, ornato y gusto, no lucen sin embargo sobre su puerta.

«Grabada en barroquena un ancho escudo.»

ni por la condición de sus moradores, ni por la fecha de su construcción, representan grandes recuerdos históricos.—El primero entre estos suntuosos edificios, y que emblemática, puede decirse, al Madrid de la clase media, á la nueva aristocracia mercantil, es la elegante casa construida en 1791 por la opulenta compañía de los cinco *Erasmios Mayores* para sus oficinas, y hoy ocupada por el *Banco Español de San Fernando*, por compra que hizo de ella en 1845 en la respetable suma de 5.530.000 reales. Este edificio, por su solidez y buen gusto, es uno de los primeros del Madrid moderno, y honra sobre manera á su arquitecto director D. José Baillán, siendo lástima que por hallarse incorporado á la parte occidental con las demás casas de la manzana no la forme independiente y carezca por aquel lado de fachada.—De las demás casas particulares construidas desde fines del siglo anterior, haremos cita especial (como ya le merecieron del discreto D. Antonio Ponz) de la conocida por la de *las Columnas*, frente á la calle de Belatorra, construída bajo la dirección de D. Ventura Rodríguez, en la que estuvo el *Atraco Español* por los años 21 al 25; y la del señor Balmaseda, número 52, en que se instaló á formalizó el *Liceo Artístico* en 1858.—Últimamente, las fabricadas en estos últimos años para los señores viuda de Arguel, Collado, Duchental, Perea Seoane, Rivero, y Ceriola, que prueban bien por su suntuosidad y buen gusto los adelantos de las clases medias de la sociedad y el progreso del arte.

Ya hemos dicho que el erral se extendía por la banda meridional desde la calle de Atocha y plazuela de Antón Martín hasta la esquina de la Plaza de la Cebada (donde se abrió otro portillo) y que se in-

corporaba luego en Puerta de Moros con la muralla antigua, corriendo sin duda la línea por donde son hoy la calle de la Magdalena, plazuela del Progreso y calle del duque de Alba, hasta San Millán.

Entre dichas calles principales de Atocha y de la Magdalena median las transversales apellidadas de *Concepciones*, de las *Urosas* y de *Belatorra*.—En la primera (que también se llamó del *Oficio*, como hoy su continuación) solo hay que hacer mención del oratorio de la congregación del Santísimo Sacramento fundada en la Intendencia en 1608, y que también estuvo en la iglesia de la Magdalena, hasta que en 1647 labró esta iglesia y casa para sus juntas y ejercicios. Antes de construirse esta iglesia perteneció el solar á un N. *Cañizares*, que no sabemos si sería acaso Felipe de Cañizares, padre de D. Luis, hijo de Madrid, que tomó el hábito en el convento de la Victoria en 1588 y después fué obispo de Filipinas.—El edificio es bien pobre y modesto, pero la congregación es notable, no solo por sus ejercicios piadosos, sino por haber pertenecido á ella insignes varones en la política y en las letras, viéndose en sus registros (que por esta razón han sido muy consultados) los nombres y firmas de Lope, Calderón, Boix y otros grandes escritores del siglo XVII.—La calle de las *Urosas* tomó su nombre del apellido de una ilustre familia á quien pertenecían en los principios del siglo XVI varias casas en ella, y señaladamente la principal que hace esquina y vuelve á la calle de Atocha por donde tiene su entrada con el número 2 antiguo y 18 moderno de la manzana 157, y las contiguas donde hoy está construído el nuevo teatro del Instituto; la frontera número 26 viejo y 3 nuevo de la manzana 156 y alguna otra. En una de ellas (no podemos decir en cual, sino que era calle y casa de las *Urosas*) vivió, y murió en 9 de agosto de 1659 el ilustre y desdichado poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón, si de las *jarobas*, relativo que fué del Consejo de las Indias.—Del título de calle de los *Relatores*, con que es conocida la inmediata, ignoramos el origen.—La de la *Magdalena* (tomó el nombre de las sacerdotisas del convento de monjas de aquella advocación, y es una hermosa calle que ostenta muy buenos edificios del siglo pasado y del presente, distinguiéndose entre los primeros el señalado con el número 12 nuevo de la manzana B que es la elegante casa de los marqueses de *Perales* y pudo ser labrada á principios del siglo pasado con cierta grandiosidad, aunque con el gusto caprichoso en el ornato (especialmente de la portada) que distinguía al arquitecto D. Pedro Rivera y los de su escuela.—En la misma manzana B, á la esquina de la calle de Lavapiés, hay otra gran casa probablemente de la misma época, que sirvió para la Dirección general de Pósitos y otras oficinas, y en la acera de enfrente, con vuelta á la calle de las Urosas, están las sólidas y espaciosas conocidas por de las *memorias de Aylona* que son sin disputa de las mejores construcciones particulares en Madrid de un siglo acá.

La irregular manzana 142, que ocupaba por entero el convento de la *Merced* y sus dependencias en el sitio que hoy, después de la demolición de dicho convento, es conocido con el nombre de plaza del Progreso, comprendía un espacio de mas de 66,000 pies, y formaba á sus costados las estrechas calles de los *Remedios*, de la *Merced* y de *Cosme de Médicos*, que han desaparecido también como aquel estenso edificio, fundado por la orden de Mercedarios calzados en 1564, cuya iglesia era notable por su espaciosidad y el mérito de los frescos de sus bóvedas, por la suntuosidad del culto, y la gran devoción de los madrileños á la imagen de *Nuestra Señora de los Remedios*, que se veneraba en una de sus capillas, y á la del mercenario S. Ramón Nonato, que hoy están, la primera en Santo Tomás, y la segunda en San Cayetano. En ella también era notable el suntuoso sepulcro del tercer marqués del Valle D. *Fernando Cortés* y su esposa Doña María de la Cerda, nietos de Hernán Cortés y patronos de esta iglesia, que se alzaba en el crucero al lado de la epístola con sus bustos de piedra.—El convento era famoso, mas que por su material construcción, por las personas notables en cantidad y ciencia que en él vistieron el hábito de la militia redentora de capitanes, cuyas obras impresas y manuscritas se conservaban en su copiosa biblioteca, entre otras la *Crónica de la orden*, escrita por el R. P. maestro fray Gabriel Telles, bien conocido en las repúblicas literarias bajo el nombre de *Tirio de Molina*, hijo de María y religioso de esta casa. En ella visitamos en 1850 la modesta celda de aquel gran poeta dramático; y tratando de inquirir algunas noticias de su vida y escritos, supimos que habian sido anteriormente reunidos por el excelentísimo é ilustrísimo general que fué de la orden fray Manuel Martiñez, que murió de obispo de Málaga, hácia 1852.—Este convento fué de los que mas tuvieron que sufrir en la revolución de 17 de julio de 1854, perdiendo en ella algunos de los individuos religiosos.

La calle de *Barrionuevo* ó del *Borrio nuevo*, como se le apellida en documentos antiguos de la casa del mayorazgo de Vera Ordoñez, que era en la calle de Atocha, que hace esquina á la de *Barrionuevo* en la isla del colegio (de Santa Tomás), comprendía también el trozo primero de la que hoy es conocida con el de la Concepción Gerónima, hasta



su salida á la calle de Alcaña.—La casa más notable de aquel trazo por su importancia y extensión que ocupa nada menos que 28,562 pies superficiales, es la señalada con el número 51 antiguo, 7 nuevo, de la manzana 138, y es conocida por la casa de *Vasco*, y también de *Moreno*, por haberla habitado en 1808 el célebre corregidor de Madrid D. José Marquina, que fué uno de los ilustres de la ira popular en el levantamiento del pueblo contra el privado *Godoy* y sus parciales en 19 de marzo de aquel año. Hoy pertenece al marqués de Montecastro.—En la calle propia de *Barrionuevo*, la única notable es la señalada con el número 24 antiguo, 42 nuevo, perteneciente á la marquesa de Lara.—El otro trazo de calle propia de la *Concepción Gerónima* toma su nombre del antiguo monasterio de monjas gerónimas de la Concepción de Nuestra Señora, fundado en 1504 por la célebre Doña Beatriz Galindo, llamada la *Latina*, camarera mayor y maestra de Doña Isabel la Católica, quien le colocó primero contiguo al hospital que ella y su marido Francisco Ramírez, general de artillería de los Reyes Católicos, habían fundado esquina de la plaza de la Cebada, hasta que á consecuencia de un reñido pleito con el guardián de San Francisco se vió precisada á trasladar las monjas á las casas propias del mayorazgo de su marido, construyéndose el nuevo convento en el sitio en que hoy está, en 1509. En la iglesia del mismo y á los lados del altar mayor se ven los sepulcros de mármol con las estatuas de ámbos ilustres fundadoras que yacen en esta casa.—Contigua á ella y con frente á otro lienzo de la plazuela, se alza todavía (aunque muy elegantemente reformada en estos últimos años) la casa principal de los *Ramírez* y *Saavedras*, que perteneció en el siglo XVII á la condesa del Castellar, y por sucesión á los *duques de Rivas*, cuyo titular, el señor D. Angel de Saavedra Ramírez de Baquedano, la posee en el día.

En la acera frontera de esta calle se alzaba hasta los años últimos, en que ha sido demolido por ruinoso, el funesto edificio que constituyó á principios del siglo pasado para casa y *oratorio de clérigos misioneros* titulados *del Salvador*, vino después á servir de cárcel pública, apellidada *de Corte*, como ampliación del edificio principal contiguo de que ya hablamos y que lleva aquel título, pasando entonces los padres á ocupar la casa del noviciado de los jesuitas en la calle Ancha de San Bernardo á la extinción de dicha compañía en 1767.—Un lomo entero hasta á consignar los recuerdos lúgubres ú ominosos de esta funesta mansión durante la última mitad del siglo anterior y primera del presente en que ha servido de encierro á tantos célebres bandidos ó malhechores, y en que también vió penetrar por sus insignificantes puertas y á consecuencia de los disturbios y reacciones políticas de 1814 y 1825, á tantos ilustres proscritos, injusta é indecorosamente confundidos con aquellos grandes criminales. Cuando estos (y por desgracia también algunos de aquellos) eran conducidos á esperar en el patibulo su delito ó su desdicha, el fúnebre acompañamiento los esperaba á la mezquina puertecilla que salía á la callejuela del costado que llevaba el nombre nefando del *Verdugo*, hoy de *Santo Tomás*, formando antitesis con el de *el Salvador* que apellida á la otra parate.—Hoy por fortuna ha dejado de existir aquel edificio, y dado lugar á la construcción en su solar de una nueva manzana de casas, y una calle entre ella y la de la Audiencia, trasladándose la carcerería á la casa llamada *dél Saladero*. Con este motivo es consiguiente que se traslade también el sitio de las ejecuciones, que antes era la plazuela de la Cebada y la puerta de Toledo, á otra más cercana á la misma cárcel.

La otra calle, á espaldas de esta de la Concepción, que desemboca como ella en la de Toledo, se llamó en su principio *de la Compañía*, por el Colegio Imperial de los jesuitas cuyas aceras dan á ella; á la extinción de estos tomó el nombre de *San Isidro* como el grandioso templo de aquellos. Posteriormente, y aunque no de oficio, ha sido conocida vulgarmente (no sabemos la razón) por la calle *del Burro*, cuyo título caminó brevemente por el del héroe de Villalar *Padilla* hacia el año 40; y después, volviendo á sus primeros smoces, ha sido confundida con el nombre de *la Colegiata*.—Su parate, la del *Duque de Alca*, toma igualmente su título de la casa antigua de dicho personaje, que existe todavía señalada con el número 1 antiguo y 16 moderno de la manzana 14 y que tiene la enorme extensión de 52,000 pies de sitio y vuelve á la calle de los Estudios y de Juanelo. En esta casa, además de sus ilustres é históricos dueños en los siglos XVI y XVII, habitó según la tradición á la parte que da á la calle de Juanelo, la insigne doctora *Santa Teresa de Jesús* cuando vino á Madrid para establecer sus fundaciones. En nuestros tiempos también es memorable por haber vivido en ella el famoso ministro D. Francisco Tello de Colomarde, durante la década que por autonomías lleva su nombre.

La calle de Toledo, como continuación del centro mercantil de la Plaza Mayor, y compuesta en lo general de un caserío reducido y aprovechado para las habitaciones y tiendas de los mercaderes, ofrece poco interés histórico y menos objetos artísticos.—Comprende sin embargo dos de las más alta importancia bajo aquel aspecto y el reli-

gioso, cuales son el Colegio Imperial de la compañía de Jesús y su magnífico templo, hoy colegiata de *San Isidro el Real*, y el monasterio de religiosas de la *Concepción Francisca* y su antiguo Hospital, fundado por la insigne maestra Doña Isabel Galindo (la *Latina*).—El primero de aquellos ocupa una buena parte de la manzana 145 con su fachada principal á la calle de Toledo y de los Estudios. Trae su origen de la fundación hecha en el reinado de Felipe II, por regia realcédula y mudanzas se construyó en 1587 y es el mismo sitio que ocupa el actual un templo bajo la advocación de San Pedro y San Pablo, que fué demolido en 1605 cuando la emperatriz Doña María, hija del César Carlos V, aceptó el patronato de esta casa, que por esta razón llevó el título de *Imperial*, para dar principio á la erección del santísimo templo actual, bajo los planes y dirección de un padre jesuita llamado Francisco Exulista, que comenzó en 1620 y quedó terminada en 1631.—Por su grandiosidad y elegancia artística, esta hermosa iglesia es sin disputa la primera y más digna de la capital; y así que á la extinción de los padres jesuitas, el rey Carlos III dispuso dedicarla al santo patrono de Madrid, trasladando á ella sus venerables reliquias, creando para su servicio una espléndida capilla real, y disponiendo obras de consideración y elegante ornato en el referido templo que desde entonces ha sido considerado como colegiata á falta de la catedral de que carece la corte.

No es de este lugar ni propio de nuestros escasos conocimientos el emprender la descripción artística (que por otra parte está ya bien hecha en diferentes obras) de este magnífico templo y de la multitud de objetos apreciables de bellas artes que le engrandecen. Limitados nosotros al recuerdo histórico, solo consignaremos el hecho de que esta santa iglesia por su capacidad é importancia y por su dedicación al patrono de Madrid, ha sido escogida con preferencia para las grandes solemnidades religiosas de la corte y de la villa; para las exequias de los monarcas, los aniversarios nacionales, las rogativas públicas, manteniendo una cita especial los honores fúnebres tributados anualmente en ella con grande ostentación á las víctimas del 3 de mayo de 1808, cuyos restos gloriosos se guardaron en sus bóvedas desde 1815 hasta 1841 en que fueron trasladados al monumento nacional del Prado.—En dichas religiosas bóvedas yacen también las cenizas de multitud de varones célebres por su santidad, dignidad ó ciencia, tales como el padre *Diego Laínez*, general que fué de los jesuitas, compañero de San Ignacio de Loyola y uno de los que asistieron al santo concilio de Trento, el cual renunció las órdenes de Florencia y de Pisa, el capelo y hasta la misma tierra que tuvo probabilidad de obtener. El otro santo y sapientísimo padre jesuita, *Juan Eusebio Nieremberg*, autor de infinitas obras, y otros muchos hijos de esta insigne casa, que figuraron dignamente en la república literaria en los siglos XVII y XVIII; y no les acompañan en ellas las de los célebres padres *Isa*, *Andrés* y otras lumbreras de este último siglo, por haber muerto en tierra extraña á consecuencia de la espulsion general de los padres de la Compañía. Pero brillan al lado de aquellos los monumentos fúnebres que guardan los restos de otras muchas personas de grande importancia política y literaria: los del célebre diplomático y autor D. *Diego de Saavedra Fajardo*, que estuvieron anteriormente en la iglesia de Recoletos; los del *príncipe de Esquilache* D. Francisco de Borja y Aragon, insigne poeta del siglo XVII y nieto de San Francisco de Borja; y los del príncipe *Maley Xequé*, hijo del rey de Marruecos, que se convirtió á la fe cristiana y fué bautizado con el nombre de D. *Felipe de África*, aunque es más conocido por el *Príncipe Egipcio*.

En el espacioso convento contiguo se establecieron en el reinado de Felipe IV los *Estudios reales* con diferentes cátedras encomendadas á los PP. de la Compañía, cesando entonces los que la villa de Madrid sostenía en la calle del Estudio, de que ya hablamos anteriormente. Estas cátedras fueron ampliadas á la extinción de la Compañía por el rey D. Carlos III, y hoy forman parte de la Universidad central. También merece especial mención la rica Biblioteca pública que sigue inmediatamente en importancia á la Nacional.

El otro edificio religioso que antes citamos, el monasterio de religiosas de la *Concepción Francisca*, fundado por Doña Beatriz Galindo, y destinado á estas religiosas en 1512, y su templo propio, son objetos poco dignos de atención bajo el aspecto artístico. No así el hospital contiguo llamado *de la Latina*, como fundación de la misma señora y su marido el general Francisco Ramírez, cuya fábrica, obra de Barro, moro, merece especial atención, notablemente en la portada y escalera, único objeto que acaso queda ya en Madrid de aquel gusto que predominó muchos años después de la espulsion de los árabes y precedió al del renacimiento.—Frente á este hospital estaba por aquellos tiempos la antigua ermita de *San Millán*, hasta que en 1623 y haciéndose sentir la necesidad de una nueva parroquia ancha á la de San Justo, por la considerable extensión que había alcanzado el caserío hacia aquella parte, lo dispuso así el cura de dicha parroquia; para lo cual, saliendo una tarde con el bautismo para un

enfermo, se entró á su vuelta en ella, y le colocó en el sagrario. Posteriormente se labró una nueva iglesia en lugar de la ermita; pero quedó reducida á cenizas en 1720, y levantada de nuevo á los dos años, fué erigida en parroquia independiente en 1806.

Por entre esta iglesia y la de la Latina seguía la tapia ó cerca que abría frente á la calle de Toledo su último portillo; y luego por el sitio que es hoy Plaza de la Cebada corría á incorporarse con la antigua muralla en *Puerta de Moros*, por delante de la embocadura de las *Cayvas Alta y Baja* y de la Iglesia de San Andrés. Así terminaba la segunda ampliación de Madrid, pues el caserío exterior inmediato al antiguo convento de San Francisco, no fué comprendido en ella, y quedó todavía considerado como arrabal.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL CORO DE SAN FRANCISCO.

(Continúa.)

Consta la sillería de dos órdenes, que ocupan los tres lados principales del coro, cuya planta es casi un cuadro perfecto. El inferior se alza sobre el entarimado general, con ocho sillones en la línea frontal y nueve en cada una de las trasversales. Elegantes estos asientos en su trazo, sus brazos rematan en diversas cabezas, y sus extremos en variados pies de hombres y animales. Bajo el sillal hay un mascarón para levantarle sobre el respaldo; y este á su vez, guarnecido con una orla de estrellas, entre dos filetes lisos que forman pabellon, ostenta en su centro un medallón de bajo relieve, terminando con lindísimos círculos, bellotas y otros delicados remates. Las esculturas representan los siguientes Patriarcas y Reyes de la antigua ley: —Seht.—Cáanan.—(1) Jarchit.—Matusalen.—Noe.—Arphatad.—Salé.—Phaleg.—Sarug.—Thare.—Ysac.—Judas.—Phares.—Nachur.—Abraham.—Jacob.—Tamar.—Bacan.—Lamech.—Enoch.—Malabai.—Enos.—Adám.—Sobre estos sillones se levanta una balaustrada en forma de media columna dórica, con estrías que tienen en el fusto los versículos de la Anunciación, y sirve de remate á este cuerpo y de pasamanos ó ante-pecho al superior.

Detrás de este tramo bajo se alza un plinto de tres palmas de alto por seis y medio de ancho, sobre cuya superficie descansa el segundo cuerpo de la sillería. Sus sillones son de igual forma y gusto que los inferiores, pero siempre con la diversidad sistemática en los detalles; y en sus respaldos lucen en bajo relieve, de buena mano y bellas formas, Aran.—Naason.—Bahah.—Obed.—Davíd.—Bersabe.—Boban.—Assi.—Joran.—Joslan.—Ezequías.—Amón.—Jeconías.—Zorobabel.—Eliacin.—Sadoc.—Eliud.—Mathan.—Joseph.—Jacob.—Eliazar.—Asium.—Azor.—Abud.—Salatiel.—Josias.—Manasés.—Achad.—Ozias.—Josphat.—Abías.—Salomon.—Jesse.—Riht.—Booy.—Salmon.—Aminaháb.—Esrón.—Encima de la serie de sillones y montando en sus respaldos y brazos, descansa un orden de arquitectura dórica, que constituye el segundo cuerpo de la obra. Es una galería de arcos semicirculares, sobre arbotones resaltados de una pilastrada, en cuyos fustes y pedestales, recuadrados en hueco, cuelgan preciosas guirnalda y hay esculpidas conchas, medallones, hojas y escudos del gu ta y figura mas exquisitos.

Una columna sostenida por los brazos de los sillones corre paralela á la línea de pilastras, y sostiene con ellas un cuerpo de arquitectura jónica, que vuela desde el fondo de la galería, sobrepuesta del correspondiente artesonado que hace la cornisa del orden, y remata en una balaustrada con pedestales y flameros. Se unen estas dos líneas equidistantes por una arcada de dobles medios puntos, que avanzando de los machones internos, cada cual á un lado de la pilastrada resaltada, vienen á juntarse y terminar sobre el vuelo del capitel de la columna á su frente relativa. La parte ornamental de este cuerpo es maravillosamente esmerada y copiosa. Los sillales son de igual forma y gusto que los inferiores. De aquí arriba empieza la primorosa decoración. Las columnas, rematas de la primera paralela, son todas de tipo jónico y esba espiral, bordada en sus convexidades con canchales, y ceñida en los concavos de guirnalda y calados listones, todos diferentes y á portis caprichosas. Aquí es una diadema de azucenas; allá una corona de laurel; ya se halla una cinta primorosa cuyas ondulaciones diáfanas y flexibles como las de una madeja de seda, cuyos calados finísimos giran sobre la columna como los tallos suaves y graciosos de la enredadera en los Viscosos de Stambul. En otras pende en torno una coladura á ondas, tan ligera y tenue como el encaje de Búzuelas; más adelante nos cautiva nos esterilla ó un tejido que dis-

puta la verdad á la naturaleza; y en el fondo nos sorprenden ciertos junquillos circuidos de un listón picado y trasparente que borda los salomónicos fustes con tal gracia y molición como las áureas trenzas de las vírgenes celtas el óvalo suavísimo y acarado de su belleza. El fusto de la cornisa de la columnata está ornado de hojas, y el miembro bajo de equinos. Sobre el vuelo del cornisamento hay impálandada una piramidal recuadrada y con calados, que sirve á recibir el entarimado general del cuerpo delantero. Este tiene adornado su arquitrabe con una coladura festonada, de la cual pende un fleco de graciosas campanillas. Los modillones tienen preciosos remates tornados, y la gola, que sobre ellos corre, se halla esculpada de menudos arabesces, como lo está asimismo la corona del ornamento. Entre los arcos de la galería penden bellísimas guirnalda asidas á esbezas de ángeles y á ciertas volutas caprichosas, terminadas por elegantes bellotas. El artesonado, que vuela sobre los dos cuerpos paralelos y cubre la galería, está recortado á casetones, en los que se ven borrones, grecas y otras entalladuras. Encima de este orden arrancan en los ángulos dos cuerpos de obra, que son una prologación del cornisamento supremo, y hacen cada cual un ángulo truncado y recogido en ostentosas volutas, guarnecidas de golines y guirnalda, y sobre las que domina un ángel de talla natural. Entre ambos, y al centro frontal, se ostenta otro alzado que oñe la claraboya con una orla de recuadros iguales á los del artesonado y otros adornos de gran efecto. Y sobre él se hace un rompimiento de gloria con el Espíritu-Santo en su foco de irradiación, descollando en el punto superior de la perspectiva el Eterno Padre con los atributos de su poder y majestad.

Sería en verdad prolija tarea describir mas por menor la infinita variedad de adornos y detalles que decoran en bellísimo conjunto esta preciosidad artística. Esta obra incomprendible, sin rival en sus primores, sin tasa en su valor. Tanto valdría querer describir las flores de un vergel, los rayos de la luna sobre el ondulante mar. Nos detemos por desafortunados, si con nuestras palabras hemos logrado dar un bosquejo de tantas y tan altas perfecciones. Bosquejo pálido y toscó siempre, porque la lengua humana no es bastante para traducir los prodigios de la inspiración. Desgracia es no conocer al autor de la obra admirable del Coro de San Francisco, merced á la pérdida de un manuscrito curioso que no hemos podido haber á las manos. ¡Digno era de honorífica mención y público aplauso el artista eminente, el hijo privilegiado de la inspiración! Porque fué tan completo en su plan, que hasta las puertas y el entarimado del coro guardan armonía y relación perfecta con el mérito de la sillería; siendo una de sus notables circunstancias la de estar formados sin un solo clavo, á pesar de las infinitas y delicadas piezas de su forma y adorno. Constá á en un manuscrito curioso el coste de la sillería, fustal y libros de coro, que ascendió á noventa y cuatro mil cuadrientos noventa y ocho reales, empleados por disposición del M. R. P. Fr. Diego de Espinosa, Secretario General y Comisario de Tierra Santa, hijo de este convento, según resultaba del libro de cuenta y gasto. La época de la obra es anterior á 1758. Nada mas hemos podido averiguar en nuestras diligentes investigaciones.

Formaba el complemento de esta obra el magnífico fustal de igual mérito y gusto que la sillería. Allí existe aun, pero despojado de la rica y preciosa escultura que le coronaba y le nació una preciosidad en su clase. Los rayos hebreos, los patriarcas y héroes que se agrupaban en el primeroso templo cual una torre de filigrana y encaje, fueron botín saerilego de una mano rapaz y criminalosa, que encaje, fueron botín saerilego de una mano rapaz y criminalosa, que convirtió aquel lugar consagrado por la religion y por el arte en campo de asolador merced, de bárbaro y aránte vandalismo. Bien campo de asolador merced, de bárbaro y aránte vandalismo. Bien fechorías se ha calumniaso á la libertad. ¡Pero no! Los que tal hacen, tomando hipócritamente el cinico antifaz, no merecen ser, no son, jamás han sido adoradores de aquel sacrosanto número. Ni son capaces de sentir sus mágicas inspiraciones en su corazón viciado, sin té y sin sentimiento. ¡Bastarda y dañada prole cujum Deus ventur est! La libertad ama á las artes, es su rayo generador, el alma mater del genio y de la gloria. Ella es para el artista lo que el viento para los pájaros, el aura para las flores, la inmensidad del Océano para los peces. Y así como sin el rayo del sol se turbaría la armonía universal de los arbes, así también sin la luz de la libertad el mundo moral é inteligente desfallece en esteril y caduca inercia, al modo de pisata

(1) El convento poseía el apostolado completo. Después de la esclavitud fué depositado en una capilla de la iglesia con otras muchas pinturas. De allí fué extraído en un cuadro, el *San Pedro*. Divulgose el hurto; pero fué repuesto después en el *San Felipe*. Para evitar más copulaciones, dispuso su, cuando director de la *San Felipe* para trasladar la estatua con él á su casa de retiro, en el *San Felipe*. Después de trasladar la estatua con él á su casa de retiro, en el *San Felipe*. Después de trasladar la estatua con él á su casa de retiro, en el *San Felipe*. Después de trasladar la estatua con él á su casa de retiro, en el *San Felipe*.

(1) Este y otros nombres están mal escritos.—Los copiamos al pie de la letra y así rectificar con algunas.—(N. del E.)

enfermiza lejos del día y del ambiente y del rocío. No, repetimos. La hija privilegiada de la razón, de la filosofía y de la fe, la emanación más pura del espíritu del sentimiento y del instinto, el don sublime de la humanidad, el foco de la civilización, no acepta en sus aras tan profanos ministros, ni se contenta con oblationes torpísimas y antisociales. Su estatua, por el contrario, se cubre con el velo del dolor para no oír la blasfemia de su nombre, ni ver la profanación de su grandeza.

V. GARCÍA ESCOBAR.

### JUAN EL GINETE.

#### CUENTO MORAL.

Un tratante en caballos había llegado de la feria, y después de haber entregado su caballo á su criado para que lo condujese á la cuadra, subió ponderando á su familia la adquisición ventajosísima que del caballo había hecho.

—¡Qué contento estoy!... decía sentándose alegremente en una silla: he comprado un potrillo magnífico!... Cuatro años... siete cuartas y dos dedos... ¡Qué ganga!

Juanito, al oír las ponderaciones de su padre, bajó honitamente á la cuadra, y entrando en ella con Sebastianito, uno de sus camaradas, empezó á acariciar el potrillo, ensillado todavía.

El potrillo, cansado tal vez del camino, no daba muestras de impaciencia.

—¡Qué manso!... dijo Sebastianito, qué gusto será ir montado en él!...

—Tienes razón, contestó Juanito... Si me ayudas á montar saldría á dar dos vueltas...

—¿Y tu padre?

—Está cansado; lo que es ahora no bajará tan pronto.

—Pues manos á la obra... Con una condición, por supuesto.

—¿Cuál?

—Que en dando tú dos vueltas, yo también daré otras tantas.

—Convenido... vamos allá...

—¿Y el bocado?

—Basta con el ramal.

—Sin embargo, es tan manso... Mas vale que vayas en regla... yo pondré el bocado al caballo... tú colócate las espuelas.

En un cuarto de hora, Juanito estaba montado á caballo, y marchaba al trote, á la ventura, seguido de Sebastian.

—¡Pica espuela!... gritó este último: no corre nada...

Juanito hincó efectivamente la espuela dos ó tres veces seguidas, y el caballo, sintiendo el dolor y queriendo despojarse de la fastidiosa carga que llevaba, y cuya debilidad comprendió por instinto, echó á correr á galope, ligero como el viento.

—Bravo!... bravo!... exclamaba Sebastian lleno de alegría: ahora sí que vuela.

Pero Juanito, que no podía detener el caballo, y que se vió precisado á abandonarle á su capricho, iba lleno de miedo, temblando caerse y estrellarse contra las piedras.



—Adelante!... adelante!... exclamaba Sebastian con entusiasmo.

Peró el pobre Juan abandonó los estribos, perdió la brida, y agarrado con desesperación al cuello del caballo, se preparó á morir.

El caballo, caliente, desbocado y frenético, saltaba zanjas, atravesaba senderos, y no reconocía obstáculos.

Afortunadamente se introdujo en un terreno arado á hondos surcos, en los cuales, y en la tierra removida, se embotaban algo sus piernas. El niño, que no podía más, se dejó caer desmayado, sin hacerse más daño que el de dislocarse un pié.

El que escucha y pone en ejecución lo que le aconseja el capricho de su inesperienza, ó de la de otros, prepárese á sufrir las malas consecuencias de su ligereza. Verdad es que Juanito no tuvo por de pronto de qué quejarse, á no ser de su pié dislocado y del susto que había recibido; pero faltábale el castigo de su padre, y tenía la convicción de que solo una casualidad le había salvado la vida.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NÓVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

VIII.

Estasis.

Transcurrieron dos días seguidos sin que Mario hubiera podido ver al objeto de su amor, á causa de que Eugenia permaneció durante este tiempo al lado de su padre, que se hallaba ligeramente indis-

puesto, cuando una noche en la que nuestro héroe, cuya tristeza rayaba en desesperación, rondaba según su costumbre en derredor de la quinta, vió el resplandor de una luz que salía por una ventana que él sabía pertenecer á la habitación de Eugenia por haberla visto asomada á ella algunas veces, y delante de la cual se elevaba un frondoso álamo que llegaba con sus ramos hasta las persianas que la cerraban; cuya circunstancia, unida á la de ser aquella fechada la única que no estaba rodeada por la verja, sugirió á Mario la idea de trepar al árbol, con la esperanza de ver desde allí á Eugenia, si esta se hallaba en su cuarto, como se lo hacía presumir la luz que en él brillaba. Después de titubear un instante por temor de ser descubierto, puso su proyecto en ejecución, fado en la oscuridad de la noche, y en que el ruido del viento que soplabá con violencia ahogaría el ruido que pudiese hacer.

Subió pues al árbol no sin trabajo, porque hacía mucho tiempo que había renunciado á sus antiguos ejercicios campestres, y no es fácil espresar su alegría cuando vió realizada su esperanza.

En efecto, la ventana abierta de par en par le permitió registrar con los ojos todo el cuarto de Eugenia, que desde donde se situó se descubría perfectamente, y pudo ver á esta sentada al piano que acababa de abrir.

Un espejo de cuerpo entero, rodeado en vez de marco por una guirnalda de hojas naturales, una mesa de mármol blanco sobre la que se veían dos vasos etruscos de un trabajo admirable, y en ellos dos ramos de flores silvestres que Eugenia había cogido en el jardín de la quinta; el piano, de caoba negra con embutidos de marfil; un pequeño diván de lo mismo, forrado de raso blanco, rodeado de algunas banquetas iguales; y finalmente, un cuadro redondo pintado al óleo que representaba á la niña cavalgando en su yegua, completaba el muebleje de esta sencilla y elegante habitación, que revelaba el gusto exquisito de la persona á quien pertenecía, y que pintada de azul é iluminada por una lámpara de alabastro en forma de



medis-luna, se asemeja á uno de aquellos pequeños templos situados en medio de los bosques que los mesianios consagraban á Lucina.

Eugenia, sentada en una bala blanca que dejaba adivinar sus esbeltas formas, estaba como ya hemos dicho, sentada al piano y de frente á la ventana, á través de la cual Mario la contemplaba.

Después de algunos ligeros preludios, la jóven, acompañándose del piano, comenzó á cantar con una voz de inefable dulzura una tonada melancólica triste y monótona como todas las de aquel país, pero de una melodía inefable, que resonaba en lo íntimo del corazón; más luego, cediendo tal vez á secretos pensamientos, abogó la letra de aquella canción en un torrente de armonía que hizo brotar de aquel instrumento, y que atenuó poco á poco, acabando en algunas notas ligeras y vibrantes. Parecía que aquellos preludios, ya brillantes y agitados como una exclamación de alegría, ya lánguidos y ténesos como un lamento, revelaban las emociones que sucesivamente la agitaban, expresando sus suspiros en un lenguaje más sublime y encantador.

¿Qué pasaría entre tanto en el alma de Mario, en aquella alma ardiente que descubría de una en otra sorpresa? Nosotros renunciemos á definirlo: bastará tener presente que nunca había oído una música ni un canto tan armonioso, y que este canto y esta música adquirían doble realce por la persona que los producía. Inmóvil, apacientando sus ojos en el divino semblante de Eugenia, que á la argentada luz de la lámpara parecía más ideal y suave, olvidó sus disgustos, los obstáculos que le separaban de ella, el sitio donde se hallaba, y tuvo que morder su pañuelo para ahogar los gritos de salvaje alegría prontos á salir de su pecho. Además, como si la casualidad se gozase en aumentar su febril agitación, quiso hacerle pasar por todas las pruebas, y presentarle todas las fueses del amor contrariado.

Eugenia, perdida en sus juveniles delirios, había cesado de tocar, y dejando caer las manos sobre la tibia, prosiguió cantando en voz casi imperceptible, mirando al mismo tiempo un grupo de estrellas más brillantes por la oscuridad de la noche, y que ella descubría por entre el ramaje del árbol donde Mario se hallaba; mas como el calor era insostenible, la niña se agitó en su asiento con un movimiento involuntario que levantó un poco el extremo de su falda, descubriendo su pié derecho y el principio de su pierna, admirablemente formada y de contornos suaves y delicados, como los que se admiran en las esculturas del Plombino. Hasta entonces Mario había sentido solamente las emociones del amor casto y platónico; como por lo regular lo es el amor verdaderamente casto; ninguna idea carnal empañó hasta aquel momento la pureza de su pasión; pero el inocente abandono de la desquiciada jóven hizo experimentar el punzante aguijón de la sensualidad, en grado tanto más enérgico, cuanto mayor era la fuerza de su temperamento. Sus ojos turbados y secos devoraban aquel breve plé que asomaba por bajo del piano; su corazón cesó de latir como si temiese un peligro cercano... le zumbaban los oídos... sus labios temblaban con un movimiento nervioso... por último, cuando la jóven esta vez más sofozada desprendió los ojales de su bata, que cayendo á uno y otro lado, dejó descubierta enteramente su garganta y parte de su seno virginal, oyóse un grito ahogado, y luego un ruido como de un cuerpo pesado que cae en tierra, y que Eugenia asustada confundió con el de una ráfaga de viento que hizo golpear con violencia las persianas de su habitación.

## IX.

## El doctor Romero.

Tres días después de estos sucesos, Marciana, apesadumbrada y ojilerosa oía con la mayor atención al doctor Romero, médico distinguido, lleno de la ciencia que dan el talento, la experiencia y el estudio reunidos, y que habiendo ejercido su facultad en Madrid durante muchos años, habíase retirado á T... á consecuencia, según se decía, de grandes disgustos; y al presente desempeñaba la plaza de médico titular de dicho pueblo, más por gusto que por necesidad, pues tenía una fortuna considerable.

—Son estraños, decía el doctor dirigiéndose á Marciana y mirando atentamente á Mario, que se hallaba en su lecho durmiendo al parecer con un sueño agitado, son estraños los fenómenos que observo en la enfermedad de este jóven. Según el informe de mi compañero el cirujano, el doliente no tiene más que una ligera herida en la parte superior del occipital, que no ha podido penetrar ni aun el *pericráneo*; y yo que también poseo su facultad, á lo que se puede ver con el tacto, tampoco he hallado lesión orgánica suficiente para producir los graves síntomas que en él observo. No obstante, estos mismos síntomas me dan por resultado una afección designada por los autores con el nombre de *delfrio pericráneo á traumático*, que á veces se declara á consecuencia de heridas recientes, aunque también pueden causarlas la viveza de las pasiones ó una conmoción cerebral.

—Pero señor, observó Marciana, que había escuchado atentamente

al doctor sin comprender la mayor parte de su discurso, yo creo que mi hijo tiene también calentura, porque le abrasa la frente y las manos.

—En efecto, repuso el doctor, el enfermo tiene calentura; pero tan leve que al presente no ofrece cuidado alguno, y ese amor que en él ha observado V. mas bien es consecuencia de su agitación. Por otra parte, además de la dolencia ya enunciada noto varios síntomas de otra no menos estraña en el jóven que nos ocupa, si se atiende á lo que me dijo V. antes; pues si bien la *manomanía*, que es la afección de que hablo, proviene de muchas causas, se ha observado con razon que las mas preferentes son las emociones morales, producidas las mas veces por los adelantamientos de la civilización; y á la verdad la complicación de estas dos dolencias, muy graves de por sí, repito que me sorprende, atendidos los antecedentes del enfermo.

—¡Ay señor mio de mi alma! exclamó Marciana, ¿y son peligrosas esas enfermedades?

—Pueden serlo, respondió el doctor... Pero estigamos de aquí y dejémosle reposar un momento, pues bastante lo necesita; y allá fuera me hará V. nuevamente su explicación, en la que antes acaso habrá omitido alguna circunstancia que aclare más dudas; porque como he dicho yo, no hay causas predisponentes ni congénitas, ni lesiones orgánicas, ni mala conformación de cabeza; por el contrario, ese jóven la tiene admirablemente desarrollada, suficiente á producir estas dos neurosis (1), que indudablemente residen en el cerebro.

Dicho esto, nuestros dos interlocutores salieron al portal de la alquería, y entonces Marciana, que cada vez entendía menos al doctor, se expresó en estos términos:

—Yo, señor, solo puedo decir que hasta hace poco tiempo mi hijo era tan ignorante como los brucos de los árboles, y que como ellos pasaba todo el día en el campo. Comía poco y hablaba menos; de modo que todas estas cosas reunidas y cada una de por sí deban motivo á que las pocas personas que le conocen, entre ellas el tío Pablo el pastor de casa, que á veces dice unas sentencias como un papa, y no tiene mas defecto...

—Nada nos importan los defectos del tío Pablo; por tanto puede V. suprimirlos, interrumpió bruscamente el doctor.

—Pues como iba diciendo, prosiguió Marciana, el tío Pablo, y tambien otras personas, afirman que María es una *tonto*; pero yo nunca he querido creerlo... Porque, señor, digo yo, ¿á quién se parece?... su padre tiene mas de picaro que de tonto... y su madre ¡ah! su madre...

—Además, interrumpió pensativo el doctor, que como el lector habrá observado se interesaba vivamente por sus enfermos, y puede asegurarse que no tenía mas defecto que el de usar en sus explicaciones muchos términos facultativos, olvidándose de que las personas á quienes por lo regular se dirigía no podían comprenderlos; encuentro en todo esto algo de estraordinario... ¿Dijo V. que ese jóven tropezó en las raíces del árbol junto al cual se le ha encontrado?

—Sí señor, así lo dijo él al pastor, que al volver de la quinta de llevar un cántaro de leche, le halló bregando para levantarse sin poder conseguirlo.

—Otro motivo de duda... el golpe le recibió en la parte posterior de la cabeza, debiendo haber sido en la frente; pues natural era que cayese hacia adelante.

—No sé cómo habrá pasado; pero mi hijo jamás ha mentado.

—Lo creo; y además ¿qué interés tendría en hacerlo en esta ocasión?

—Ciertamente. A no ser que como ya habia perdido la cabeza cuando le halló...

—En fin, veremos; creo he acertado en el diagnóstico, difícil en las neurosis en las que no hay lesión alguna aparente; solo no comprendo bien la verdadera causa de esta dolencia. Por mi desgracia, si como facultativo conozco el corazón anatómicamente considerado, conozco tambien el corazón moral, y pluguiera al cielo, repuso el doctor suspirando, que á la experiencia de las desgracias ajenas no reuniese la de las mias propias. A no saber los antecedentes de ese jóven, afirmar que era una víctima de las pasiones ó de una pasión cualquiera, sentida en su mayor grado. La confusión de ideas, el insomnio, las amenazas, esos gritos de furor de que V. me ha hablado, le posición que después ha sucedido, la aberración de la voluntad, la perversión del entendimiento; por último, mil otros síntomas me lo hacen creer en la existencia de la dolencia en todas sus fases, y quizá se nos presentará más esmerterizada, y por consiguiente mas fácil de combatir. Hasta tanto el tratamiento debe basar en los medios morales, pues bien puede decirse que es moral la enfermedad ó enfermedades que nos ocupan; por lo que voy á dejar escrita la explicación de la que no se ha de apartar V. en un solo punto. El Sr. Justo la leerá si es que V. no sabe.

—¿Al fuera, mentira... En cuanto á mi amo, no será yo quien le pre-

(1) Enfermedad de los nervios.

quele usara: mas afortunadamente, ahí está el Sr. Pablo que lee como un sacristán, aunque parece tan rústico y tan...

—Vaya, bien... además, meñans á esta misma hora vendré... Espere hallar algún cambio notable.

Dicho esto, después de escribir el plan curativo y escribiráse de que Mario continuaba en el mismo estado, el doctor se encaminó al pueblo dejando á Marciana muy apesadumbrada é inquieta.

## X

## Desesperar de...

No seguiremos nosotros los diversos trámites y períodos de la enfermedad de nuestro héroe, limitándonos á decir, que desaparecido el delirio nervioso de que hemos oido hablar al doctor, áparecieron mas marcados los síntomas de la *monomania*, especie de enajenación mental consistente en un delirio que gira sobre uno ó determinado número de objetos; y combatida por este por cuantos medios higiénicos y morales se hallaron á su alcance, secundados por el cariño é inteligencia de Marciana, consiguió hacerla desaparecer, y por último el completo restablecimiento de Mario, el cual no obstante, tuvo que pasar por una larga convalecencia, durante la que el buen médico le interrogó varias veces sobre la causa de su enfermedad, aunque con un tacto esquisito para no recortarle ideas que pudiesen ocasionar una recaída. El jóven supo eludir sus preguntas, concretándose á lo que había dicho anteriormente respecto al golpe recibido junto á la quinta; de modo que el doctor, aunque conservando algunas dudas, se inclinó á creer que en efecto había sido aquel el motivo de su dolencia, secundado poderosamente por las lecturas, ó mas bien atribuyendo á estas la parte principal, fundándose en las palabras incoherentes y frases novelescas que Mario soltaba en sus frecuentes delirios; pero jamás sospechó la verdadera causa, pues ignorando este el nombre de Eugenia, no pudo repetirle en su dolencia, lo cual hubiera servido de indicio al doctor, hombre de estremada penetración.

Vuelto el jóven á su estado normal, y apenas se halló con fuerzas suficientes, traspuso en un momento la distancia que media desde su casa á la quinta, con la esperanza de ver á la que no se apartaba de su pensamiento, olvidando cuanto había sufrido, y recordando solamente la poética bondad de aquel ángel que se le apareciera para sacarle de entre las nieblas de la ignorancia; pues á la profunda pasión que sentía por Eugenia, agregábase tambien una especie de gratitud, porque segun se decía á sí mismo, por elevarse hácia ella, por comprender su lenguaje, había deseado instruirse... ¡Ah! tal vez hubiera sido mas feliz permaneciendo en su ignorancia; mas aquel mártir del amor necesitaba duplicar las causas de su adoración, para hacerla mas digna del ídolo á quien la dedicaba.

Con cuánta agitación y temor mezclado de esperanza se acercó Mario á la quinta! ¡Con qué ansiedad dio la vuelta en derredor de ella! Y cual fué su angustia al notar la soledad que reinaba en todas partes! Las persianas y maderas de todas las ventanas estaban cerradas; por las rejas de la esbalteriza situadas al nivel del suelo y abiertas de par en par, no salía ya el ruido del relincho de los caballos ni las voces de los mozos que los cuidaban: ningún criado atravesaba el patio, y finalmente todo indicaba allí la ausencia de su dueño. Imposible sería expresar la inquietud de Mario, el cual no obstante conservó alguna esperanza, no resignándose á perder de un golpe todas sus ilusiones; permaneció algun tiempo mirando á la puerta, á las ventanas, á todas partes, aunque sin resultado, pues todo continuó lo mismo. Llegado entonces de un movimiento involuntario, y resuelto á salir de dudas á toda costa, se aproximó á la puerta de la verja, que estaba solamente entornada; pero al ir á entrar se detuvo dominado por su timidez.

Trascurrieron algunos minutos en esta incertidumbre, hasta que por fin se decidió á atravesar la plazoleta de la quinta, verificándolo precipitadamente para no tener tiempo de reflexionar. Llegado que hubo á la inmediación del edificio, miró á todos lados; y no viendo persona alguna, se decidió á llamar á la puerta, sin sin-haber dudado mucho tiempo. Alzó pues un pesado llamador de bronce en que estaba esculpido un escudo de armas, y dió dos ó tres golpes con mano trémula: hecho esto, escuchó atentamente, pero nadie respondió; parecia que la casualidad se gozaba en aumentar sus padecimientos. Una vez decidido, Mario sacó valor de su misma timidez, y alzado de nuevo el llamador dejó caer repetidas veces:

—¿Quién es, quién anda ahí? gritó una voz desde dentro; y luego, alcéndose una ventana situada á un lado de la puerta, se asomó á ella una mujer ya de edad, que después de examinar á Mario desde la cabeza hasta los pies, prosiguió con acento entre airado y despreciativo:

—Vaya! pues no alborotais poco!... pensad que habeis á derribar la puerta.

—Perdone V., señora, respondió el jóven saliendo, creí que no me habrían oido la vez primera, y...

—¿Y qué se ofrece? interrumpió bruscamente su interlocutora.

—Nada mas que saber si el señor marqués está en la quinta.

—Y tanto ruido para eso!... el señor marqués marchó á Madrid tres dias há.

—¡Gracias! repuso Mario haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y aléjndose apresurado sin oír á la portera que gritaba:

—¡Eh, jóven!; Eh! ¿Traía V. alguna recado para él amo?

Después que salió de la quinta corrió al bosque, vagando por él en todas direcciones cada vez mas aprisa, á la manera de un corno herido, que con sus veloces carreras pretende aliviar su violento dolor; mas ¡ay! el infeliz jóven sentía el suyo cada vez mas profundo, y tendido de cansancio, tuvo que detenerse y se sentó al pié de un olmo... Allí permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y al parecer sereno... pero... ¡ah! qué serenidad!... ¿Qué pasaría en aquel corazón despedazado?...

Hubo un momento en que llevó la mano á la cabeza, como si quisiera detener su pensamiento, pronto á exhalarse en el espacio... luego prorumpió en sollozos sofocados, que después dieron curso á torrentes de lágrimas y desahogaron su pecho oprimido...

¡Oh! ¡benditas sean las lágrimas! ellas son la alegría del dolor!

Durante los sucesos que hemos referido habían pasado cerca de tres meses, y á la sazón corrían los últimos dias de setiembre.

A mediados de noviembre, Mario recibió una carta de Madrid, y después de abrirla con una emoción inexplicable, leyó las siguientes líneas enajenado de placer:

«Mi muy querido sobrino; tus deseos y los míos estan en cierto modo colimados. El general S., ministro de Estado, que honra con su amistad á mi difunto esposo y que me dispensa la protección mas afectuosa, necesita un segundo secretario para su despacho particular; y mediante mi recomendacion, ha tenido á bien elegirme para este puesto. Tus honorarios son 6,000 reales anuales.

«Respecto á los demás puntos me refiero en un todo á lo dicho en mis cartas anteriores, y solo le encargo que apresure la viaje cuanto le sea posible, y repitas mis recuerdos á mi buena Marciana, que con sus consejos te ha decidido á que me proporciones la satisfaccion de darle esta ligera prueba de mi cariño.

«Toda esta familia, de la que en breve formarás parte, me pide te renueve sus afectuosos sentimientos, á los que une los suyos etc., etc.

## PARTE SEGUNDA.

## I.

## Un año después.

El lector no tomará á mal que hayamos salvado un espacio tan largo de tiempo, puesto que en el discurso de la narración hallará aclarados los sucesos en el acontecer que añaden al conocimiento de nuestra historia. Por tanto, tomaremos la lición de esta en un hermoso dia del mes de mayo y en la hora en que declinando el sol hácia el horizonte, doró con sus últimos rayos las cumbres de las montañas y la cúpula del esplanario de la aldea.

En esta hora pues abriese la puerta de la quinta de Guadalupe para dar paso á una hermosa jóven vestida de blanco, cavalgando en una yegua negra, y á quien por esta última particularidad nos creemos dispensados de nombrar.

Con efecto, Eugenia, pues élla era, que hacia dos dias se hallaba de vuelta en Andalucía, salió aquella tarde por vez primera, y después de detenerse un instante á pensar adonde dirigiera su paseo, por último dió la preferencia á su sitio predilecto, encaminándose en consecuencia hácia *La villa del marqués*.

Eugenia, que hoyabá ya en los diez y siete años, habíase formado enteramente, y era notable el desarrollo de su incomparable hermosura. Sin embargo, los rasgos infantiles de su fisonomía no habían cambiado; solo que á su blanca lactea y trasparente habia superado esa plidez aplomada, síntoma terrible en las jóvenes delicadas y nerviosas, y á la melancolía de su semblante una tristeza meditabunda de expresión tanto mas grave, por cuanto estaba acompañada de la descoloracion de los labios, en otro tiempo frescos, húmedos y agrisados.

No obstante, cuando la jóven tendió nuevamente la vista por aquellos prados que estaban entonces en todo su verdor; cuando al frente de su yegua se internó en la espesura del bosque aspirando con embriaguez la frescura del ambiente, y oyendo un sin número de cantos y de gorgoros; cuando cruzó por los sitios en que tantas veces se había detenido para admirar una flor que todavía yacía allí al parecer mas brillante y lozana, experimentó una alegría infantil; porque cuando el corazón no ha sufrido aun las pruebas del desengaño, se

abre casi con la misma facilidad á las emociones del placer como á las del dolor.

Eugenia llegó á *La silla del marqués*, y apeándose de su montura ató la brida de esta á la rama de un árbol, y se dirigió luego hácia el asiento de piedra.

Antes de sentarse miró en torno de aquel sitio que nunca había parecido tan pintoresco y encantador. Como se acercaba la hora del crepúsculo nocturno, las aves se retiraban sobre el río, buscando un postrer rayo del sol que penetraba hasta allí, se extendían á lo largo de él formando una ancha cinta de rubies y de amatistas, ante cuyos colores hubieran palidecido los del iris; y á lo lejos oíase el manantial que descendía del monte, y que inundado por el sol poniente, se asemejaba á una magnífica serpiente de la India, arrastrándose hácia la vega y haciendo ondular sus purpúreos anillos.

Después de admirar algunos momentos este mágico espectáculo, Eugenia se sentó en *La silla del marqués*; pero oyendo un ruido extraño, levantóse inmediatamente, y vió sobre el asiento un cuaderno de papel bastante voluminoso, que sin duda rozando con su falda había producido aquel rumor. Sorprendida la jóven tomó en la mano, y júzguese de su asombro al notar que este cuaderno, manuscrito hasta la mitad, estaba dirigido á ella y repetido en él su nombre un sín número de veces.

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

### EL ESPEJO DE LA VERDAD.

#### FABULA.

En el siglo feliz, cuando los hombres  
En paz Augusta, y en profunda calma  
Gozaban con placer sus dulces días,  
La señora verdad, sin otra zaga  
Que la de su espejito misterioso,  
De ceca en maza por la posta andaba.  
Llévabale en la mano á todas horas,



De modo que cualquiera se miraba  
En su sincera luna; y aunque en ella  
Copiado al vivo su interior hallaba,  
Nadie, al verse, llegaba á sonrojarse.  
¡Ay, qué tiempos aquellos, si duraran!  
Pero pasaron presto: y conociendo  
Que entre los hombres la maldad se incarna,  
La señora verdad, según se supo,

Tendió con gran silencio sus dos alas,  
Y sin decir: te quedan ahí las llaves,  
Fué á buscar en el cielo su morada,  
Arrojando el espejo de coraje.  
Se rompió; ya se vé, la cosa es clara;  
Y los pedazos, todos esparcidos,  
Se perdieron, que fué notable falta:  
Sin embargo, filósofos y sabios  
Han hecho diligencias tan extrañas,  
Que encontraron algunos por ventura;  
Pero tan pequeñitos por desgracia,  
Que, según las historias, ni ellos mismos  
Se ven cual son en sí. ¡Quién lo pensara!

### AL MAR.

¡Y qué! ¿no enfrenarás, ponto soberbio,  
El furor de tus olas atronadas?  
¿No bastan á postrar tu poderío  
Los siglos que pasaron?  
Ellos con diestra fuerte derribaron  
La palma que creciera  
De Libia en las arenas dilatadas:  
Ellos secaron la abundosa fuente  
Que con aroma ardiente  
Las dulcísimas flores perfumaron.  
El castellano brio,  
Sediento de memoria,  
Voló por medio de tu campo frío  
Al clima portentoso de Occidente:  
Cortés allí: Pizarro esclarecido,  
Sandoval, Alvarado,  
Y otros mil, cuyo esfuerzo generoso  
Al indio conturbaba belicoso,  
Ceñidos en laurel la altiva frente,  
Dieron á la nación de las naciones  
Poderosas y bárbaras regiones.  
En las inmensas playas  
Ciudades mil cayeron,  
Y sus cenizas viles  
En tus hinchadas olas se perdieron.  
Tú horror inspiras, cuando el sol deslucen  
Nublados tenebrosos, y rugiente  
Va el aguilon sonando,  
Tu ronco rebramar multiplicando;  
Mas al llegar el plazo en que el Eterno  
Su mano estienda sobre el triste mundo,  
Tiembren los polos, y en pedazos caigan  
Y en humo se disipen,  
Mirarás tu grandeza destruida,  
Cual hoja de la yerba desprendida  
Por impulso violento  
Del fragoso viento.  
Su imagen fingida,  
Las naves mas escelsas y robustas  
Que fatigaban con ardiente brio  
Tus aguas espumosas,  
Te dirán orgullosas:  
¿Qué fué de tu grandeza y poderío?  
Nuestras veloces quillas  
Entre negros escollos quebrantaste,  
Y á la sedienta arena  
Sus trozos infelices arrojaste.  
¿Qué consiguieron dignos tus furores?  
Ya la terrible suerte  
Con la espantosa muerte  
Ha igualado á ofendidos y ofensores.  
Tú callarás, ¡oh mar! porque rodando  
De las naves envuelto en los despojos  
Caerás en el profundo!  
¡Ni aun tendrás de tu furia no domada  
Recuerdos tristes en la triste nada!

Cádiz, diciembre de 1845.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.— Imp. del SEMANARIO é INSTRUCCION, á cargo de D. G. Sánchez